

El carácter universal de la retórica de la provocación

Cuando se oyen los discursos de los políticos de uno u otro signo o el fragor que provocan las esteladas al viento, uno no deja de sobrecogerse. Detrás de las palabras grandilocuentes, de la estética de los gestos, de la belleza de ciertas ideas de nación o de sociedad, todas a priori maravillosas, defendibles, justificables con todo tipo de argumentos, resuenan los ecos de la historia que se transmite en ondas inaudibles hoy aunque ayer fueron gritos, que requieren sosiego, distancia y atención para ser escuchadas.

Leyendo el libro de un historiador, que cita a Girard a lo largo de su obra –uno de los mayores expertos en rivalidades e identidades nacionales–, en muchas ocasiones, famoso por su bestseller: *Bloodlands, Europe between Hitler and Stalin*, Timothy Snyder¹, no puedo por menos de alzar la voz al viento para intentar que alguien mire un poco más adelante en el tiempo –paradójicamente mirando para atrás– y saque las manos de la masa del presente que nos aturulla y abruma.

Snyder habla de que el nacional socialismo alemán y el universalismo comunista, estaban unidos íntimamente en una vorágine de destrucción de las minorías, en aras de un proyecto mito maniaco salido de la imaginación delirante de “políticos” visionarios, a los que los hombres concretos les importaban un bledo.

En su último libro publicado por galaxia de Gutenberg, *Sobre la tiranía*, Timothy Snyder, vuelve a leernos la historia con la sabiduría de un historiador curtido, que ha hecho del estudio del siglo XX su vocación.

“... los alemanes que marcaban las tiendas como “judías” participaron en el proceso por el que efectivamente los judíos acabaron desapareciendo, igual que los que se conformaban con mirar. Aceptar aquellas marcas como parte de un paisaje urbano aceptable equivalía, ya de por sí, a transigir con un futuro homicida. Es posible que algún día te ofrezcan la oportunidad de exhibir símbolos de lealtad”².

En este libro Timothy, al que tuve el gusto de conocer en la presentación de su bestseller en *SciencesPo*, en París en el 2010, el autor cambia el tono de investigador científico por el de exhortador, en continuidad con la herencia profética judía que posee, porque sabe que detrás de los distintos collares de la historia aparecen siempre los mismos perros, diciendo así:

“Asegúrate de que esos símbolos incluyen a tus conciudadanos en vez de excluirlos. Incluso la historia de las insignias de las solapas dista mucho de ser inocente. En 1933, en la Alemania nazi, la gente llevaba insignias en la solapa que decían “Sí” durante las elecciones y el referéndum que confirmaron el estado de partido único. En 1938, en Austria, gente que anteriormente no eran así, empezó a llevar en la solapa insignias con la esvástica. Lo que podría parecer un gesto de orgullo puede ser una fuente de exclusión. En la Europa de las décadas de 1930 y 1940 algunos optaron por llevar una esvástica, y después otros tuvieron que llevar una estrella amarilla. La fase final de la historia del comunismo, cuando ya nadie creía en la Revolución, nos ofrece una última lección sobre los símbolos. Incluso cuando los ciudadanos estaban desmoralizados, y lo único que quieren es que les dejen en paz, los distintivos públicos pueden seguir

¹ Timothy Snyder, *Bloodlands, Europe between Hitler and Stalin*, Basic Books, 2010.

² Timothy Snyder, *Sobre la tiranía*, Galaxia DE Gutenberg, Barcelona 2017, p. 39.

sosteniendo un régimen tiránico. Cuando los comunistas checoslovacos ganaron las elecciones en 1946 y después procedieron a reclamar todo el poder tras un golpe de Estado en 1948, muchos ciudadanos checoslovacos estaban eufóricos. Cuando el pensador disidente Vaclav Havel escribió *El poder de los sin poder*, 30 años después, en 1978, explicaba la continuidad de un régimen opresivo en cuyas metas e ideología ya creía muy poca gente. Havel presentaba la parábola de un tendero que colocaba un cartel que decía: ¡“Trabajadores del mundo, uníos”! en el escaparate de su tienda. No es que el hombre compartiera realmente el contenido de esta cita de *El Manifiesto Comunista*. Coloca el cartel en el escaparate para poder continuar con su vida cotidiana sin tener problemas con las autoridades. Cuando todo el mundo obedece a esta misma lógica, la esfera pública se cubre de símbolos de lealtad, y la resistencia se convierte en algo impensable”³.

En palabras de Havel:

“Hemos visto que el sentido real del eslogan del tendero no coincide con el texto. Como quiera que sea, este significado real es muy claro y, de ordinario, comprensible. Existe en realidad un código: el tendero ha declarado su lealtad [...] de la única manera que el poder social es receptivo: es decir aceptando el *ritual* preestablecido, aceptando la apariencia como realidad, aceptando las reglas del juego. Al hacer esto ha entrado él mismo en el juego ha permitido al juego avanzar, continuar, en resumen ha permitido que se jugara”⁴.

Todos estamos jugando a este juego que nos imponen expertos jugadores con la vida de los otros. Hablan de nuestra vida como si fuera suya, hablan de que nos van a garantizar la felicidad, la seguridad frente al terrorismo, las pensiones, la identidad perdida latente en un paraíso perdido -también él- pero que requiere sacrificios, sangre para realizarse, pero merece la pena... la sangre es la savia de la nueva planta que crece, y es podada interminablemente en la historia, pero que hace rejuvenecer las yemas cada primavera. El ciclo nietzscheano del *eterno retorno*, es la aceptación nihilista de la nada, del sinsentido, de que el único sentido es purificar la sangre misma de toda contaminación. La sangre es la savia social, dirá Nietzsche. No es casual que haya ya muchas voces conscientes de que el terrorismo islámico no es una cuestión religiosa sino nihilista. Hitler⁵ era un adorador del Nietzsche visionario.

Hitler copió a Nietzsche en su admiración por los antiguos ideales griegos de fuerza y belleza y mimetizó frases de Nietzsche como la de la “afirmación de la vida” en todos los discursos:

“El pueblo alemán de este siglo XX es el pueblo de una “afirmación de la vida” nuevamente despertada, sobredimensionada en su admiración por la fuerza y la belleza,

³ Timothy Snyder, *Sobre la tiranía*, Galaxia DE Gutenberg, Barcelona 2017, p. 40.

⁴ Traducción del checo por V. Martín Pindado y B. Gomez: V. Havel, *El poder de los sin poder y otros escritos*, Madrid, Ediciones Encuentro 2013. P. 41

⁵ Pido perdón por anticipado por introducir este término de comparación hiperbólico del nazismo en nuestro tema actual, pero, aun cuando la similitud de su gestación no implique el mismo final, sirve para entender la potencial locura a la que nos encaminamos, porque la democracia, como se vio también en el nazismo (Hitler después del *Putsch de Múnich* sólo hablada de llegar al poder legítimamente) puede devenir pura hipocresía demagógica fácilmente. La historia está llena de ejemplos de “golpes de mano” de origen democrático.

y, por tanto, por lo que es sano y vigoroso. Fuerza y Belleza - esta son las fanfarrias que resuenan en esta nueva edad-“⁶.

“La obsesión nazi por la “salud pública” no era ningún ideal socialista, sino una aspiración de Hitler que le había usurpado al embrujo de Nietzsche ante la antigua belleza griega. Hitler manifestó siempre su veneración por el ideal de Nietzsche y sostuvo que los nazis representaban el Renacimiento moderno de la cultura griega:

“Las obras gigantescas del Tercer Reich son una muestra de su renacimiento cultural y un día pertenecerán a la herencia cultural inalienable del mundo occidental, igual que nos pertenecen hoy las grandes realizaciones culturales del pasado”⁷.

Rosenberg, un destacado filósofo nazi, que nació en Tallín, Estonia, cuyos orígenes “no-alemanes que acompañaron a su nacimiento eran, por supuesto típicos de más de un nazi de alto rango, incluyendo al propio Hitler”, que le hizo siempre tener que estar afirmando su “pertenencia” por miedo a no ser considerado suficientemente “ario”. Siempre vivió con “la plena consciencia de su condición de extraño”. Este Rosenberg, el “filósofo de Hitler”, creía “en una nueva *religión de la sangre*, fundada en la suposición de innatas tendencias del alma nórdica a defender su noble carácter contra la degeneración racial y cultural...”⁸

Su pretensión era aséptica, científica, basada en todos los darwinistas sociales que había popularizado en Alemania Haeckel, y que defendían la selección humana por la vía del control de la naturaleza con técnicas eugenésicas y eutanásicas. La oscura razón de esta limpieza higiénica con argumentos de la biología era la pureza cultural: los arios no eran sólo arios de sangre, sino aquellos individuos pertenecientes a una tradición cultural arcádica, mítica.

La parafernalia wagneriana constituía todo un sistema de símbolos de identidad que daban cohesión a un mundo plural y poco cohesionado: *Parsifal*, *Tristán e Isolda*, *los Nibelungos*, *Valkirias*, no eran simples personajes u obras o referencias artísticas, eran maquinarias creadoras del mito, de esa pertenencia desde la noche de los tiempos al pueblo elegido... por los dioses nórdicos de la fuerza y del terror: Thor y Odín. Pero este entramado cultural no lograba escamotear la claridad con la que Hitler, que “llegó a presenciar más de treinta veces *Tristán e Isolda* y que aplicó la puesta en escena del teatro y de la pompa a los despliegues militares del Tercer Reich”, decía: [...] “No conseguirás nada a menos que te dispongas a ser despiadado. Nuestros oponentes no están preparados para ello, y no porque sean humanos o algo por estilo, sino porque son débiles. Jamás se fundó el dominio de la humanidad, sino, mirando la cuestión desde el angosto plano de lo civil, en el crimen. El terrorismo es completamente indispensable siempre que esté en juego la fundación de un nuevo poder”⁹.

En el fondo, ese juego de niños (al estilo de *El Señor de las moscas*) que es la política, ha mostrado innumerables veces en la historia que empieza como un momento puramente lúdico de unos cuantos que “ven más” y más lejos y acaba siempre en tragedia para los que “ven menos” y veían más cerca pero no alzaron la voz sobre lo que veían que se les venía encima.

Creemos que, porque el discurso parezca pura retórica, nunca va a pasar de una mera dialéctica de palabras acaloradas a un derramamiento de sangre incontrolado. Esa retórica, para mentes

⁶ A. Hitler, *Kulturtagung*, Núremberg, 6 de septiembre de 1938, en A. Hitler, vol.I 1942, p. 598.

⁷ *Ibíd.*, p. 597. In Yvonne Sherrat, *Los filósofos de Hitler*, Cátedra, Madrid, 2ª Edc 2015. P. 52.

⁸ Yvonne Sherrat, *Los filósofos de Hitler*, Edt. Cátedra, Madrid, 2015. P. 101.

⁹ H. Rauschning, *Hitler me dijo*, Edcs. Atlas, 1946, discursos grabados por Rauschning a Hitler en 1940. P. 275. Cf. También *Hitler, confesiones íntimas*, 1932-1934, Círculo Latino, 2006.

lúcidas como Burke, Clausewitz o Girard no es un mero juego de palabras, tiende siempre, una vez que se pone en marcha, a la “*montée aux extrêmes*”. Y, si por accidente, sucede casualmente la excitación emocional que produce la sangre, sea un inocente chivo expiatorio, o un supuesto culpable, enemigo, la maquinaria se pone en marcha para escalar a un toma y daca interminable.

Corea del Norte usa un “lenguaje” prosémico provocador, suicida, como si sus dirigentes desearan desencadenar la catástrofe que ilumine a los ciegos que no perciben las “diferencias” de su forma ideal de vida del capitalismo malvado. Y, Trump, prisionero para mantenerse en el poder de la tensión gemelar que tiene que defender para sostenerse en el poder/ser, también, respecto al imaginario comunista de la lucha estadounidense contra lo satánico que hoy representan los norcoreanos. La escalada exponencial de las palabras, los misiles o los gestos, es un juego peligroso. Es como los niños que empiezan a jugar peleándose, y cuando uno, por error, da un golpe que hace daño “sin querer”, el contrincante ofendido por la ruptura fortuita de las reglas del juego, el otro da con intención de devolver un daño equivalente... La reciprocidad se vuelve imparable. “España” tiene que evitar a toda costa que en las manifestaciones o las expresiones públicas del nacionalismo separatista incluyan por accidente un cadáver. Lo mismo Kim Jong-un y Trump. Los problemas internos de la política y economía americanos o norcoreanos se distraen bien con los chivos expiatorios que son el uno para el otro. Los problemas internos de una sociedad plural que no tiene identidad (o que no tiene solo una identidad¹⁰) se distraen muy bien exagerando de manera narcisista las pequeñas diferencias (Freud). Pero llevándolas al extremo, por el puro aburrimiento (Schopenhauer) sólo logra exacerbar la violencia dormida en la noche de los tiempos.

Como decía Levinas, con ocasión del primer viaje al espacio de Gagarin, comparando el evento con la apología de la naturaleza arcana de Heidegger, que cuando parecía que habíamos superado el infantilismo, resulta que la idolatría de la técnica nos ha devuelto al “paganismo” (como culto a la naturaleza) en la medida en que veneramos cúlticamente al mundo y el “lugar” como lugares sagrados.

“El misterio de las cosas es el origen de muchas infamias hacia el hombre. El asentamiento en un paisaje, la fidelidad al lugar, sin los cuales el universo carecería de significado y apenas existiría, implica la separación de la humanidad en autóctonos y extraños. Y en esta perspectiva es la técnica menos peligrosa que los espíritus del lugar. (Levinas, 1976: 301¹¹)

La raigambre idolátrica al lugar, la nación, o los mirtos propios de la cultura, hacen sagrado a ese lugar habitado, en el cual el arte y la política, y hoy día la tecno-ciencia juegan los más escandalosos e inhumanos juegos de poder. En lugar de la justicia y la ponderación prudente de los eventos del mundo dejamos paso a los histriones, las verdades a medias, y las mentiras que convertimos en verdad (Nietzsche). Este tiempo tiene mucha semejanza con la sacralización nazi de una tierra y de una cultura, vistas desde la perspectiva de las ideas, los mitos, y las creencias (Ortega) de que el folclore compartido es la identidad en sentido fuerte. La ciencia y

¹⁰ Cf. Al respecto cómo se forja la identidad. Jon Juaristi, *El chimbo expiatorio*, Espasa Forum, Madrid 1999.

¹¹ Tras el primer viaje espacial Levinas escribe, con el título “Heidegger, Gagarin y nosotros” (1976: 299-303), acerca del significado de la tecnología moderna y una determinada reacción contra su dominio, que es sostenida por Heidegger y los heideggerianos.

tecnología que nos podrían "arrancar del suelo heideggeriano y de la superstición del lugar" (Levinas), se ha puesto al servicio del delirio político en Corea y en EEUU, y nos impide descubrir a la humanidad cosmopolita, implicada toda ella en la supervivencia planetaria, y nos devuelve a la estrechez de miras, a los límites del cohabitar el terruño como última tala de salvación. Solo liberados de todos los hábitats sagrados de los nacionalismos, y las razas particulares, podremos descubrir el verdadero sentido de nuestro *ser-en-el-mundo*: habitar la tierra como señores y no como esclavos de ella, sin dejarnos envolver por sus cantos de sirena, ni por su adoración mal sana. Sin hacernos sus dueños absolutos, ya que hemos sido creados para compartir, cultivar y dotarnos unos a otros de cobijo digno, de la comida y bebida necesarias, tenemos como tarea desenmascarar a estos chamanes de la política, y desacralizar la naturaleza, desencantarla y desmitificar todas las interpretaciones ideológicas de la historia del mundo. Jugar a este juego maquiavélico es para casi todos los que participante una forma de vida. A nadie se le escapa que los políticos, y sus adláteres viven para vivir de la política, y que no son nuestros humildes servidores, sino arrogantes y prepotentes supervivientes, que luchan darwinianamente por territorios simbólicos imaginarios que nos hacen creer como paraísos, que solo suponen ingresos crematísticos personales.

“Y qué pasaría, se preguntaba Havel, si nadie jugara ese juego”¹².

¹² *Sobre la tiranía*, p. 41.